

impersonal de todos», del cual es condición «poner en sus enormes masas el sello, no de un hombre ni de una escuela, sino de una época y de una civilización entera».

Este aserto sobre la Arquitectura, dicho por quien hasta el presente empuña el cetro de la crítica estética en España, confirma las débiles sugerencias que hice antes, sin duda--y lo creo honradamente--pensadas por todo el que se haya parado a meditar un poco sobre ello.

El lenguaje de las piedras

En efecto, las piedras hablan con mayor elocuencia que pudiesen hacerlo quienes las colocaron en orden, porque en su estructura están proclamando al través de los siglos la idea central que daba vida a la concepción espiritual de cada momento histórico. Por eso, en exacta interpretación literaria, expresó el gran polígrafo español la evidente y muda palabra de los monumentos arquitectónicos. Por encima del preceptismo rígido, científico y pedagógico de un Vitrubio o un Diego de Sagredo, el ilustre montañés dejó dicho con palabras irrecusables: «Las piedras no mienten nunca, y es imposible que una sociedad cuya fuerza creadora está agotada, produzca, ni aún en burlas, un sistema arquitectónico propio, sino que está condenada a optar, como en triste dilema, entre el preceptismo exangüe y descolorido, y los delirios de la inventiva, gastada únicamente en accesorios y follajes sin unidad y sin sentido».

